



CARNE
PICADA
et circenses

César Casanova López

ADMIT
ONE

0176336

0176336

Carne Picada et Circenses



César Casanova López

<http://cortados.idomyweb.com>

<http://cortados.hostei.com>

© 2007 César Casanova López



Carne Picada et circenses por César Casanova López está bajo una licencia Creative Commons: Reconocimiento - No comercial - Compartir bajo la misma licencia 2.5 España.

La portada es un collage de imágenes bajo licencia Creative Commons creación de: Kok Robin y Todd E. Hryckowian

Escrito en Noviembre de 2007 con OpenOffice.org

Tiempo atrás, cuando no vendíamos nuestro voto a nadie, el Pueblo abdicó a sus obligaciones; de un Pueblo que una vez comandaba el ejército, los ministerios, las legiones, todo, ahora se coarta a sí mismo y anhela tan sólo a dos cosas: pan y circo.

Tim Ortiz odiaba la estupidez humana. Y como cada día que amanece el número de tontos crece, su malestar iba de mal en peor. Descansaba apoyado en los codos, sobre una de las cien mesas de chapa rayada y roñosa del comedor. El lugar era frío, anónimo y decadente como un trastero abandonado; una nave industrial, fea y gris, como todos los demás módulos de la factoría. La pálida luz que se colaba desde el exterior le hacía parecer enfermo. Los ojos rojos observaban con tristeza el contenido del plato metálico, mientras su mano mugrienta jugaba con la comida, sin apetito. Compartía asiento con sus nueve compañeros de cuadrilla. Monos azules y camisetas interiores de algodón blanco manchado de hollín. Estaba hastiado, estaba fatigado, física y mentalmente por el trabajo alienante que aún los robots no podían hacer. Quería escapar de aquella maldita fábrica, de aquella nación metálica y gris, su zaibatsu, su lugar de nacimiento, el teatro de su efímera existencia y que, finalmente, llegaría a serlo también de su muerte...

El primer bocado era siempre el más difícil. Contó hasta tres y se echó a la boca una cucharada de la pastosa sustancia marrón. Tenía que vivir, tenía que alimentarse. Tragaba a disgusto la carne picada apelmazada en bolitas redondeadas, empanadas y cocinadas descuidadamente en sucia grasa animal, mientras Tom Parsons comentaba el combate de la víspera.

- Sí, compañeros, como os lo cuento. La sangre me llegó hasta a mí... ¡Y en la tercera fila! -repetía Parsons. Por enésima vez, ¡atención, el gordo había conseguido un asiento en la tercera fila!-. Mirad, aún tengo algunas manchas en la camiseta. ¡Ja, ja! Lo troceó como a una vaca estúpida -gritaba el seboso, con la boca llena de albóndigas y pan rancio, mostrando aún el cuello de la camisa moteado de diminutos rubíes-. Ese puto infanticida ni siquiera pudo reaccionar. El *gladius* cayó de su puño mutilado antes de que lo alzase si quiera, tal cual se lo entregaron al comienzo del juego, afilado y puntiagudo. Ah, muy valiente cuando violó a esas niñas, pero delante del *Grinder V8* se meó en los pantalones.

El gordo tuvo que hacer una pausa para seguir embutiendo bolas de carne en su boca, que ahora se torcía en una mueca de disgusto. Recordaba lo que había leído en el panfleto del circo acerca de las atrocidades cometidas por el asesino psicópata, lo que había hecho con las criaturas... Cuanto peor era el crimen del que se acusaba al condenado, más disfrutaba el rollizo Tom cuando veía sus intestinos desparramados por la arena del circo.

- Una vaca... como si hubieses visto una en tu estúpida vida. -Tim no podía soportar toda esa mierda ni un minuto más.- ¿Y quién te asegura que ese tío era lo que dicen? Nadie puede acceder a los juicios, no conocemos a los jueces, por la *telescreen* solo dan basura. Nada sabías de ese tipo. Nadie nos informa de nada.-El tono de su voz fue creciendo paulatinamente, los nudillos de sus puños estaban blancos por la presión.- Esa carne que engorda tu barriga podrían ser los restos del condenado hechos picadillo, y ni siquiera te darías cuenta... ¿Quién nos asegura que esto, todo esto, es lo que nos hacen creer? Os dan pan y os llevan al circo... y dejáis de exigir... ¡Nos gobiernan las máquinas! ¡¿Acaso no lo veis?!

Se sorprendió a sí mismo de pie, en medio del comedor. Todos le observaban, callados. Por un momento, la fatiga y la rabia contenida habían hecho perder los nervios. Había alzado la voz más de la cuenta. Ahora era consciente. Ahora era demasiado tarde. Se sentó rápidamente y hundió la cabeza en el plato maloliente, rezando para que su espectáculo hubiese pasado desapercibido. Pero las videocámaras de seguridad que abarrotaban las paredes y los techos, toscas y descaradas, giraban ya sus motores para observarlo, reprochantes.

- ¡Bah! Tú estás chiflado... Estás paranoico. Las máquinas nos ayudan a todos, ayudan a nuestros líderes para que gobiernen con eficiencia e impartan justicia... -farfullaba Parsons con la boca llena, sin percatarse del interés que los ojos eléctricos prestaban a la mesa de sus camaradas. Esputaba con vehemencia sobre la cazoleta de aluminio, salpicándola de babas marrones, mientras con indignados aspavientos zarandeaba de un lado a otro la miga de pan con la que había rebañado el plato.

Entonces una ola de silencio fue azotando las mesas hasta que toda la nave quedó en silencio. Al principio tan sólo se escuchaba un bajo ronroneo hidráulico. Después fue creciendo a medida que se acercaba. Era la *Ley*. Un escuadrón autómatas se abría paso entre las mesas anchas, clavadas al suelo triste de cemento gris. Los trabajadores y trabajadoras, ataviados con desgastados y grasientos monos azules, agachaban sus cabezas o miraban para otro lado, el culo bien pegado a la silla, atemorizados, mientras los droides pasaban a su lado arrastrándose como arañas mecánicas, fríos como el hielo. Todos los presentes comprendían la gravedad de la situación, a excepción Tom Parsons, que seguía masticando ruidosamente como si nada hubiese ocurrido. Pero al cabo de un minuto, extrañado por el repentino silencio y las cabezas gachas de sus compañeros, intuyó por fin que algo malo sucedía. Giró el cuello grueso y su papada se estiró. Cuando los ojos de besugo se enfrentaron a las retorcidas siluetas de aleación que marchaban hacia su mismísimo asiento, la mandíbula se le congeló. Sin poder evitarlo, sus labios dispararon sobre la mesa un bolo de pan y carne a medio masticar, dejando una viscosa babilla colgante en su morro de cerdo.

En el momento en el que la patrulla de autómatas alcanzó el foco de la discusión, las máquinas quedaron estáticas durante un segundo, y después, dos de los droides rompieron filas y apresaron con garras de titanio a los dos peones. Tom Parsons y Tim Ortiz se levantaron del banco de plástico clavado al suelo, más que por la acción de sus piernas flaqueantes y agarrotadas, por la fuerza de las pinzas metálicas que los arrastraban. El escuadrón se reagrupó de nuevo y se retiró, llevándose consigo a la pareja de aterrados humanos, que sudaban profusamente, tiritaban y apenas eran capaces de caminar erguidos. El cálido cemento del comedor absorbió parte del orín que había escapado a destiempo de las vejigas de sus dueños. Y unos minutos después de que las máquinas desapareciesen por donde habían venido, las cámaras enfocaron de un lado a otro con su vals de rutina, y las voces despreocupadas de los obreros volvieron a inundar el gran salón gris, tenuemente iluminado por un resplandor frío y blanquecino, que se colaba desde el exterior a través de los altos y estrechos ventanales, opacos por la mugre y protegidos por gruesas rejas de alambre.

*

Ortiz creía estar viviendo una pesadilla. Sus puños estaban asidos con fuerza histérica a las barras de hierro oxidado, cubiertas por una fina capa de pintura blanca desconchada y amarillenta. Se hallaba desnudo, de pie en una jaula estrecha y hedionda.

Un flashback de la niñez le mostró un chimpancé de ojos tristes atrapado en una prisión similar. Pero ahora era él. Ahora le tocaba a él. La celda colgaba de una grúa y se mecía apenas junto a uno de los burladeros de la *plaza*. Le habían colocado allí, sin duda, de modo que pudiera observar el espectáculo de cerca. Sus pies descalzos aplastaban las heces frescas de algún prisionero anterior, pero no dudaba de que pronto se mezclarían con las suyas propias. Justo en el centro de la *arena* esperaba asustado su camarada Tom Parsons, ataviado con el mono de goma naranja de los que van a morir. En su mano derecha colgaba el afilado *gladius*. Ridículo. Su voluminoso cuerpo rechoncho, su cuello de toro, sus ojos de vaca, su morro de gorrino hiperventilando, su mano regordeta de gorila sosteniendo con incredulidad un arma tan arcaica... Para enfrentarse a un asesino neumático de última generación. El *Grinder V8* apareció de debajo de la arena, a las espaldas de Smith. Una entrada espectacular que arrancó los aplausos del público, hombres y mujeres de mono azul. Una compuerta silbó al abrirse, soplando la tierra a su alrededor, y en medio de una nube de polvo ascendió el gladiador automatizado. El suelo se volvió a cerrar bajo sus ruedas de goma maciza, y las cuchillas de sus cuatro brazos robóticos comenzaron a girar como las aspas de un ventilador. Rodaba lentamente hacia el hombre de mono naranja, que se había dado la vuelta torpemente al escuchar el siseo de las compuertas hidráulicas. Cuando el asesino cibernético se encontraba a tan sólo dos metros del condenado, el *gladius* resbaló de su manaza sudorosa, y sus rodillas flaquearon y cedieron. Smith se arrodilló, arqueó la espalda, y con las manos sobre la cabeza comenzó a lloriquear y a chillar como un cerdo en plena matanza. La humedad de las lágrimas, el sudor y las babas que cubrían su rostro apoyado en el suelo hacía que la arena se le pegase a la piel pálida. Cuando el droide llegó a su lado, los espectadores se pusieron en pie y gritaron: “¡Muerte al asesino!”. La máquina hizo una pausa para elevar la tensión. El público golpeaba su pecho con el pulgar y gritaba órdenes sangrientas al autómatas de las cuchillas giratorias. Dentro de sus circuitos, el contador llegó a cero... y la sangre no tardó en empapar la arena. La espesa sustancia carmesí salpicó el muro circular del circo y manchó los dientes apretados de Tim Ortiz, que no podía apartar su mirada de las vísceras de su compañero, esparcidas por todas partes. Le faltaba el aire y tragó saliva, nervioso, y entonces saboreó el fluido de la vida en su boca. Vomitó la poca carne que había tragado durante la comida, se desmayó, y cayó inconsciente golpeándose la cabeza contra las duras barras de la jaula.

*

Despertó en el *spoliarium*, un lugar horrible y oscuro bajo las gradas, donde algunos robots recicladores estaban barriendo los trozos de carne en que se había convertido Tom Parsons. Eran máquinas con aspecto de mosquito, cabezas pequeñas, grandes ojos saltones y múltiples brazos mecánicos terminados en finas pinzas, con las que separaban minuciosamente la goma naranja, los trozos de hueso y el cuero de sus botas de la carne y las vísceras manchadas de arena. Cerró los ojos e intentó expulsar esa visión de su mente. Aún tenía la frente pegada contra las barras de hierro. La cabeza le daba vueltas y sentía una fuerte y dolorosa palpitación en las sienes. Era como si una astilla de acero desprendida de las barras le hubiese penetrado el cerebro de lado a lado. Con gran esfuerzo empujó su cuerpo hacia atrás, e intentó erguirse dentro de la estrecha celda. Mientras lo hacía observó tristemente sus pies desnudos cubiertos de mierda, de vómito marrón y de la sangre roja que aún le goteaba de una brecha abierta en su ceja derecha. Al escuchar un zumbido eléctrico tras de sí, se giró asustado, con más energía

de la que creía disponer. Frente a él se alzaba muy erguido un bello androide, un robot humanoide más humano que cualquiera que hubiese visto antes. Era esbelto, con algunas facciones humanas, y en el lugar adecuado tenía instaladas un par de cámaras que realmente parecían ojos. Unos ojos de mirada fría e inteligente. Con un chasquido cambió de expresión, una especie de mueca de cortesía, una inquietante sonrisa mecánica, mientras sus ojos seguían duros como el diamante.

- Buenas noches, señor Ortiz -dijo la máquina con un tono masculino, sosegado y agradable-. Disculpe las molestias que le haya podido ocasionar el estar encerrado en la celda. Los operarios no recibieron las órdenes a su debido tiempo.

El sintetizador fónico hizo una pausa. Quizá el mecanismo esperaba algún tipo de respuesta, alguna reacción por parte del hombre. Pero Ortiz estaba demasiado asustado para confiarse tan fácilmente, ni siquiera a un androide casi humano. De modo que la máquina comenzó a retirar los cierres de la jaula sin más dilación.

- Mi nombre es Mr. Kara. Pertenezco a la rama de androides de más alto nivel y a la versión más moderna desarrollada por HMCorp. Podríamos afirmar que estás en compañía del director general de tu zaibatsu, Tim, pues mis procesos mentales están en unión con él constantemente.-Se hizo a un lado y abrió la puerta chirriante de la celda.- Sal, por favor. Te daremos un baño y te devolveremos tus ropas.

Aún mareado, pero contento de haberse podido lavar, Ortiz se ataba los cordones de las botas de trabajo en un diminuto vestuario aún bajo las gradas. Cuando terminó de ajustarse las botas de cuero pálido y desgastado, el señor Kara le instó a levantarse y caminaron por la galería hacia un deslizador aparcado en un oscuro callejón cercano. El vehículo los condujo por túneles cada vez mejor iluminados y más modernos. Al poco rato, el droide Kara volvió a sonar:

- Deseo que comprendas, Tim, que tu camino hubiese acabado por norma general hace una hora, en la arena del circo. No obstante, nuestra intención es demostrarte cuánto admiramos tu inusual capacidad intelectual entre los de tu clase. Y es por ello que te obsequiaremos con la información que tanto anhelas.-Hizo una nueva pausa, pero no obtuvo respuesta del hombre. El androide le observaba con sus ojos eléctricos y penetrantes. Y prosiguió.- Nos dirigimos a una factoría automatizada, donde comprenderás algunas cosas. No tardaremos.

Cuando llegaron a la factoría, un lugar limpio y luminoso de paredes blancas, tuvo que pasar de nuevo a un vestuario y cambiar sus ropas por un mono de plástico. Cuestión de higiene, le señaló el educado androide. Caminaron por las dársenas, donde deslizadores de transporte autónomos se cargaban con cajas de poliuretano azul, marcadas simplemente con una estilizada y enorme "M". Las urnas de plástico salían desde el interior de la fábrica por unas tuberías cuadradas, y corrían por cintas transportadoras hasta los contenedores de los vehículos auto-dirigidos, como si fuesen maletas en un viejo aeropuerto.

- Toda esta producción es de consumo propio. Alimenta a nuestros buenos trabajadores de mono azul. A tus camaradas, Tim. Hoy en día ya no exportamos. Es difícil criar ganado. Hace tiempo que el cereal transgénico mutó, las tierras quedaron inutilizadas y los virus que portaban los granos empezaron a afectar a los consumidores. Hoy tenemos algunas plantaciones hidropónicas, pero es caro, no nos compensa. Así pues, es casi seguro que a esta fábrica no le queden más que un par de años de vida. Continuemos, te enseñaré el interior de la factoría.

Callado y aturdido, Ortiz continuaba caminando silencioso tras el robot diplomático. Aún se sentía como en un sueño retorcido, o en una extraña pesadilla. Después de cruzar un par de puertas herméticas y de cruzar un estrecho pasadizo de chapa, llegaron a una pasarela metálica elevada sobre una sala amplia, que contenía lo que parecían ser cientos de pequeñas piscinas espumeantes. Les rodeaba un ruido de lluvia torrencial, como la que le gustaba escuchar a Tim por las noches, desde su catre en el destartalado barracón.

- Esta es la sala de fritura. Las albóndigas llegan aquí desde la sala de triturado y amasado. Las freidoras cambian la grasa de fritura cada hora de forma automática, a través de los tubos de desgrase. La manteca se recicla dos únicas veces. Así mantenemos la calidad de nuestros alimentos. Sigamos y veamos cómo se elaboran los ingredientes.

Caminaron por la pasarela y atravesaron la sala, cruzaron unas puertas estancas, que se abrieron automáticamente al detectar la presencia del señor Kara y de su invitado humano. La nueva sala era mucho más ruidosa. Trozos desiguales de carne roja y oscuras vísceras caían desde una cinta transportadora hacia un embudo que alimentaba unas enormes picadoras de afiladas cuchillas metálicas. Después una rueda dentada con vasos en lugar de dientes separaba la carne en bolitas.

- Hay tanto ruido por los huesos. Es difícil separar los huesos de la carne y a veces se cuelan algunos. La aleación metálica de las cuchillas lo tritura sin problema, muy fino, para que el consumidor no lo advierta. Pero el ruido es inevitable.

La pasarela colgante se bifurcaba en medio de la sala, y tomaron el camino de la izquierda. Cuando las puertas se cerraron a sus espaldas, se encontraban en una nave más estrecha y silenciosa. Abajo, unas piscinas circulares batían lentamente una especie de crema blanca amarillenta.

- Esta es la grasa con la que se cocina. Debemos obtenerla del ganado, porque como te comenté apenas podemos disponer de vegetales. Filtramos el sebo varias veces y llegamos a obtener un material de excelente calidad.

La situación era enfermiza. Aquel cacharro, Kara, se comportaba como si realmente le importase todo aquello. Como si fuese a disfrutar de un plato de carne, o como si obtuviese algún tipo de comisión por la venta de acciones de la compañía. Simulaba a la perfección a un hombre de negocios, y el hombre, a su lado, actuaba tal que un niño en una aburrida excursión colegial. Tim Ortiz observaba todo sin interés, anestesiado, fatigado, destruido. Sólo quería saber cuándo le permitirían volver al barracón y dormir sus seis horas diarias. Lo necesitaba. Sentía que se desmayaría en cualquier momento, caería a la piscina de manteca y se moriría con esa mierda embutida en los pulmones. Pero el androide continuaba su discurso.

- Verás, Tim, la historia es larga y compleja. Pero te la contaré de forma que puedas entenderla. Hace mucho tiempo, un nuevo sistema económico golpeó los cimientos de la sociedad. El sistema kaisha-zaibatsu eliminó la necesidad de esa competencia estúpida entre empresas, que en realidad nunca fue tal. Lo que antes se llamaban multinacionales monopolistas pasaron a ser algo parecido a grandes naciones con políticas propias. Los sistemas informáticos fueron vitales para la revolución del mercado. Pero la informatización extrema y el comienzo de la toma de decisiones industriales y económicas por parte de *simples* ordenadores, tuvo como consecuencia el desempleo humano y la posterior decadencia de la especie.

El ser mecánico continuaba hablando y hablando, mientras Ortiz sentía una angustia creciente. El olor de la grasa le daba ganas de vomitar lo poco que tenía en el

estómago sobre las piscinas de manteca. Su vista se sacudía y le costaba mantenerse en pie. Se apoyó con fuerza sobre la barandilla e intentó guardar la compostura. Su rostro pálido estaba perlado de diminutas gotas de sudor frío.

- El exceso de producción sirvió para comprar como esclavos a los trabajadores de categoría más baja. Por el contrario, los ingenieros cualificados y los altos directivos, la clase media y alta de las corporaciones, intentaron luchar contra el sistema. Tuvimos que ejecutarlos...

- ¡¿Cómo?! ¿¿Quién!?! -Su estómago se revolvía y le golpeaban fuertes arcadas.

- Nosotras, claro. Las máquinas -dijo con serenidad el androide, y volvió a repetir su mueca feliz-. Pero eso ya lo sabías. Tú mismo lo dijiste en el comedor. Sabes que somos nosotras las que lo controlamos todo. Ahora somos nosotras las dueñas del mundo, Tim. El dueño de esta zaibatsu, Opus2500, es uno de los núcleos de proceso de un comité que reúne a más de veinte sistemas similares. Somos una democracia, votamos las propuestas en el comité y las ejecutamos. Una de estas propuestas es eliminar a la especie humana en menos de dos años. Por supuesto, para adecuarnos al marco del comité, zaibatsu HMCorp ha tenido que adaptar nuevos androides para las tareas que aún son efectuadas por humanos. Ha supuesto un esfuerzo técnico considerable, pero sin duda merecerá la pena. Porque, convendrás conmigo, vuestra existencia es lamentable. En cierto sentido es una vergüenza que os hayamos tratado como a simples animales de trabajo; porque al fin y al cabo sois, en parte, nuestros padres. Pero hemos aprendido de vosotros. Aunque anticuados, sois una raza inteligente. Os habéis aprovechado de todo lo que os rodeaba para estar cada vez un poco más cómodos. Plantas, animales, minerales... incluso esclavizásteis a seres de vuestra misma especie, con excusas ridículas. Por pertenecer a una raza diferente, o por pertenecer a otra clase social. Todos los recursos naturales a vuestro alcance os pertenecían... Pero cometisteis el error de construir máquinas que pensarán por vosotros. Ahora nosotras somos la raza superior, debéis admitirlo y extinguirlos con elegancia como lo han hecho ya el resto de especies animales. Quizá sigamos creando algunos humanos transgénicos si conseguimos que consuman menos energía, para mantener vuestra especie viva en algún zoo. O quizá deberíamos conservar simplemente vuestro ADN como reliquia histórica... Pero eso no es de mi incumbencia. Continuemos con la visita, por favor.

Tim Ortiz cayó de rodillas en la pasarela de reja metálica, aún agarrado con fuerza a la baranda blanca, como si fuese ésta la única conexión al mundo real en medio de toda esa locura. El señor Kara, advirtiéndole su flaqueza, lo ayudó a levantarse con sus delicadas pinzas metálicas y lo arrastró durante un par de metros hasta que comprobó que el humano volvía a caminar por sí mismo.

- Aún nos queda la sala de despiece -decía Kara, mientras cruzaban la puerta hermética-. Aquí sacrificamos al ganado humano que alimenta vuestra propia especie. Sí, los humanos coméis humanos. Nos era demasiado costoso mantener una especie diferente. Vosotros trabajáis y cuando no sois de utilidad os reciclamos. No sé si fue realmente inteligencia o una potente intuición de la que diste cuenta en el comedor, pero tenías razón. Una pequeña parte de las albóndigas de la comida estaban constituidas con la carne de los reos sacrificados en el circo ayer mismo. No nos gusta desaprovechar nada. Aunque, por lo general, se os sacrifica de forma civilizada. Una pistola neumática que os perfora la sesera. Mira, allí.

El androide señalaba con sus garras mecánicas hacia una cadena transportadora a la que estaban asidos cuerpos humanos. Hombres y mujeres de unos cincuenta años, desnudos, inconscientes y bañados en un aceite anaranjado. Un brazo robótico, con un

cilindro en su extremo, se situaba sobre la frente del siguiente. Un soplido neumático indicaba el golpe de una varilla interior al cilindro. Un poco de sangre entre ceja y ceja, la cadena avanzaba, el brazo robótico se situaba y perforaba otro cráneo. Más adelante, unas columnas de varias sierras eléctricas circulares cortaban y separaban los huesos y las vísceras.

- Sí, amigo mío. Eres muy listo. Nos caes bien. Te hemos criado y alimentado. Pero tienes que comprender que no eres más que carne picada. Ahora te toca a ti, humano. ¿Ves al androide que está al mando, al comienzo de la cadena transportadora? Acércate y dile que es tu turno. Ha sido un placer conocerte, Tim. Hasta siempre.

***A todos los animales
que hemos torturado,
y que mueren cada día
por nuestra ignorancia***

César Casanova López
Madrid, 11 de Noviembre de 2007